

IV Jornadas de Investigación en Humanidades

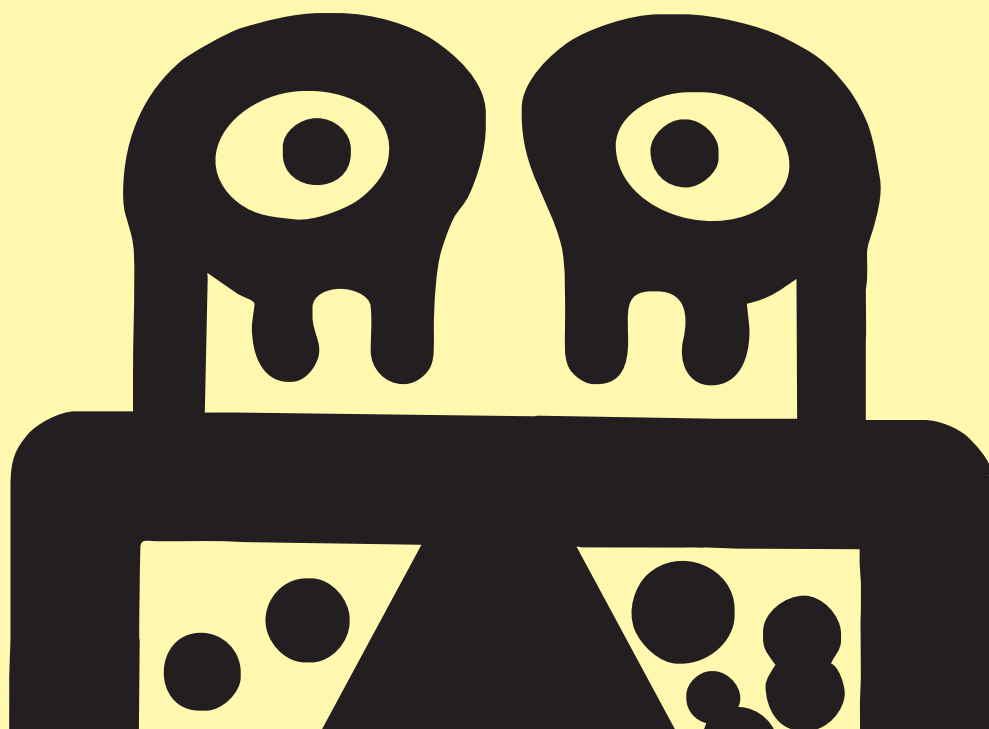
Homenaje a Laura Laiseca

29, 30 y 31 de agosto de 2011

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

ACTAS



ACTAS

IV Jornadas de Investigación en Humanidades

Homenaje a Laura Laiseca

Bahía Blanca, 29, 30 y 31 de agosto de 2011

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

Las revistas culturales bahienses a principios del siglo XX. Repensar la Historia Cultural desde la dimensión local

María de las Nieves Agesta
UNS - CONICET
nievesagesta@uns.edu.ar

La seducción o el respeto reverencial por la teoría conducen, en ocasiones, a la adopción monolítica de un sistema conceptual que, a la manera de un corset, se impone sobre el objeto y lo somete a la violencia de sus formas. La ausencia de reflexión teórica, sin embargo, puede redundar en un desborde descriptivo del objeto que transforme al historiador en un cronista o, en palabras de Marc Boch, en un “anticuario útil”. ¿Cómo articular, entonces, ambas instancias –la del objeto y la de la teoría– sin traicionar la complejidad del primero ni el rigor que exige la segunda?

La Historia de la Cultura, a la que muchas veces se ha atribuido cierta indefinición fundada en la amplitud de su campo de estudio, nos ofrece, por este mismo motivo, objetos cuya pluridimensionalidad supone la reformulación de los estrictos marcos disciplinares y conceptuales. Las revistas culturales, donde a principio del siglo XX se entrecruzaron discursos e imágenes para conformar un artefacto inédito, requieren de la elaboración de un marco teórico-metodológico *ad hoc* que apele a los estudios históricos, literarios y visuales en igual medida.

En efecto, la aparición en un medio como el bahiense de este nuevo formato periodístico no puede escindirse del proceso de modernización social, económico y político que tuvo lugar en la ciudad desde fines de la anterior centuria. Por otra parte, abordar la atractiva materialidad de estas publicaciones supone incursionar tanto en los aspectos que atañen a las tecnologías de impresión y de producción visual como a las experiencias de lectura y de consumo que se generaron en torno a ellas. Discursos e imágenes demandan distintas matrices teóricas de interpretación que recorren desde la Historia de la Literatura hasta el Análisis del discurso y desde la Historia social del Arte hasta los Estudios visuales. Por último, el surgimiento de las revistas debe insertarse en las estructuras y las dinámicas propias del mundo de la cultura que obligan al historiador a acudir a las herramientas que ofrecen la Sociología de la Cultura, los Estudios Culturales o la Antropología Social.

Proponemos, entonces, un ejercicio de *pillaje* en la elaboración de nuestra propia *fábula teórica*; que parta de la especificidad del objeto para recuperar la dimensión instrumental de los conceptos y reivindicar, así, el carácter creativo de la producción intelectual. En el transcurso de nuestra investigación, se han presentado varias líneas problemáticas que han orientado esta construcción teórica: el vínculo entre la Historia Cultural y otras disciplinas sociales; la relación entre las imágenes y los textos, entre la cultura escrita y la visual; y el problema de la escala de análisis.

Nuestra investigación, dedicada al análisis de las revistas culturales como agentes y productos del proceso de modernización bahiense, se inscribe en el campo de la Historia Cultural centrada, fundamentalmente, en las representaciones, las prácticas y los mecanismos de circulación y de producción simbólica a partir de las cuales los sujetos apprehenden y construyen su realidad social. Mucho se ha debatido en torno a los alcances y las incumbencias de esta disciplina histórica en tanto la apropiación del concepto antropológico de cultura parece expandir sus límites de una manera excesiva. (Rioux, 1999:17-21 y Roche, 1999:27-30) En efecto, una propuesta como la de Jean-François Sirinelli que asigna a la Historia Cultural “el estudio de las formas de representación del mundo dentro de un grupo humano cuya naturaleza y puede variar – nacional o regional, social o política–, y que analiza la gestación, la expresión y la transmisión” supone la inclusión de los fenómenos más diversos entre los que se cuentan, por ejemplo, las artes, los valores, los modos de esparcimiento, los lugares y las relaciones de trabajo, las grandes construcciones intelectuales, la ciencia, las técnicas, los sistemas de creencias, la educación, las formas de consumo, por mencionar solo algunos. (Sirinelli, 1992)

¿Dónde reside, entonces, la especificidad de la Historia Cultural? ¿En su objeto de estudio?, ¿en su perspectiva de análisis? Tal como señala Antoine Prost (1999), la pretensión de reconstituir las representaciones sociales lleva a privilegiar el examen de las producciones simbólicas de los grupos. En este sentido, pueden trazarse varias líneas de investigación que Jean-François Rioux (1999) ha sistematizado en cuatro bloques: la historia de las políticas y las instituciones culturales; la de los signos, los símbolos y las sensibilidades; la de las mediaciones y los mediadores y la de las prácticas culturales. Las revistas se sitúan, sin dudas, en el ámbito de las mediaciones en tanto suponen la producción y la circulación de saberes e informaciones a partir del soporte papel que vehiculiza discursos e imágenes. No obstante ello, es imposible escindirlos de las prácticas, sean estas políticas o socio-culturales. Las redes y los espacios de sociabilidad, la relación con los agentes, las instituciones y las formaciones de la cultura y la política local se vuelven en este contexto tan importantes como las representaciones mismas.

Sin embargo, esto no basta para definir a la Historia Cultural ya que, por ejemplo, lingüistas e historiadores del arte hacen también de este tipo de producciones el objeto primordial de sus investigaciones. Es en el modo de abordar los textos, las imágenes y las prácticas donde radica la diferencia disciplinar: la Historia Cultural pretende exceder su dimensión referencial para abocarse al análisis de su performatividad en tanto representaciones de los grupos sociales y sus conflictos. De esta manera, intenta recuperar los significados que los mismos agentes –conforme sus intereses¹ individuales o colectivos– le otorgan al mundo social y a partir de los cuales accionan en él. Lo cultural supera, así, el carácter meramente superestructural al cual lo había relegado la “teoría del reflejo” para reintegrarse de forma activa a la sociedad. Frente a esta reformulación de los estudios culturales, elementos como las mediaciones adquieren

¹ Entendemos la noción de "interés" no como una acción humana basada en el cálculo, consciente, sino tal como la formula Pierre Bourdieu al decir que “La teoría de la acción que propongo (con la noción de habitus) equivale a decir que la mayor parte de las acciones humanas tienen como principio algo absolutamente distinto de la intención, es decir disposiciones adquiridas que hacen que la acción pueda y tenga que ser interpretada como orientada hacia tal o cual fin sin que quepa plantear por ello que como principio tenía el propósito consciente de ese fin”. (Bourdieu, 1997:166)

una especial relevancia en tanto procesos dinámicos de articulación entre cultura y sociedad. (Williams, 1980:115-120)

Esta concepción integrada de la producción simbólica puede asentarse, sin embargo, sobre distintas representaciones de lo social, ya sea aquéllas que enfatizan los consensos (como la Historia de las Mentalidades de filiación francesa) o las que prefieren subrayar las diferencias y las luchas (entre las que se encuentran, por ejemplo, los historiadores de la *New Left* británica). José E. Burucúa en *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la modernidad clásica –siglos XV a XVII–* (2001) distingue los dos grandes paradigmas que han dominado el devenir de la Historia Cultural. El primero de ellos, que Jacob Burckhardt denomina *globalizante*, se refiere al “esquema de pensamiento socio-cultural que cree en la existencia de amplias ‘concepciones del mundo’”, de *Weltanschauungen* capaces de impregnar hasta los rincones más remotos de la vida social” (Burucúa, 2001:19)

El factor de acuerdo social y de cooperación interclasista que supone este enfoque, es precisamente lo que cuestiona el *modelo agonal* de tradición marxiana que pretende “revelar las formas representativas y simbólicas que asume el enfrentamiento entre las clases en el plano de la creación cultural”. Situados ante esta aparente oposición (que es, en realidad, una cuestión de énfasis en uno u otro aspecto), no nos vemos, sin embargo, ante la necesidad de optar indefectiblemente por uno de sus términos. Una tercera posición propuesta por la historiografía cultural de los últimos años, ofrece una perspectiva integradora que enlaza consenso y conflicto. En este sentido, retomamos los aportes de Roger Chartier en torno al concepto de *representación* que el autor recupera, a su vez, de Louis Marin. (Chartier, 1992; Chartier, 2006) Entendida en su doble dimensión *transitiva* o de *transparencia del enunciado* y *reflexiva* o de *opacidad enunciativa*, la representación logra articular “las relaciones que los individuos mantienen con el grupo social” con los enfrentamientos de carácter simbólico que tienen a las representaciones “por armas y por apuestas”. (Chartier, 2006:84) La *representación* funciona, así, como principio de inteligibilidad (Ruiz Guadalajara, 2003) a partir del cual los agentes interpretan sus vínculos con el mundo y con los otros, elaboran psicológicamente su propia historia y actúan en consecuencia.

Las revistas funcionan como representaciones en tanto concretan un modo de intervención intelectual marcado por la creencia en la eficacia del nexo entre discursos e imágenes en la construcción de significados sociales y por la confianza en los procesos de consumo y producción cultural como factores de modernización. De esta manera, se insertan e intervienen activamente en las luchas que enfrentan a los agentes de campo cultural en configuración. Asimismo, el material textual y visual en ellas publicado construye y materializa representaciones sobre la ciudad, la historia, las relaciones sociales y el propio mundo cultural en el que se insertan sus gestores y colaboradores.

Entendidas, así, como objetos culturales en su dimensión representacional pero también en su carácter de prácticas culturales, las revistas requieren del concurso de diversas matrices teórico-disciplinares. En este sentido, la Sociología de la Cultura a través de la noción bourdiana de *campo* como sistema de fuerzas en tensión resulta fundamental en el desarrollo de la investigación en tanto nos situamos temporalmente en un momento de configuración de los distintos campos (en especial, el periodístico y el político). (Bourdieu, 1999) Si bien es cierto que para Bourdieu la autonomía de los campos es siempre relativa dado que no pueden existir de manera aislada sino integrados en la totalidad del espacio social, creemos necesario enfatizar las limitaciones del concepto de autonomía para comprender la dinámica cultural bahiense

durante, al menos, las tres primeras décadas del siglo XX. Tales restricciones, que ya han sido señaladas para el caso latinoamericano en general (Altamirano & Sarlo, 1997; Ramos, 2003), no hacen sino profundizarse en una ciudad como Bahía Blanca donde, debido a su alejamiento de los centros de producción y de consumo cultural, la autonomía y la profesionalización de la escritura operaron como valores rectores a nivel del imaginario más que como principios reales de funcionamiento del mundo cultural.² El concepto de campo solo puede utilizarse, entonces, como categoría sociológica de análisis para dar cuenta de las transformaciones que tuvieron lugar en el trayecto del siglo XIX al XX y como horizonte de expectativas de los mismos agentes en los albores de la modernidad. En efecto, las revistas, entendidas como *formaciones culturales* (Williams, 1980), preceden a la formalización institucional de las tendencias y los agentes culturales y conviven con ellas una vez que han sido constituidas, razón por la cual permiten estudiar las dinámicas socio-culturales en el desarrollo del mundo de la producción y el consumo intelectual de principios de siglo dando cuenta de sus rasgos particulares.

La noción de modernidad –ya en varias ocasiones mencionada– requiere, a su vez, de ciertas consideraciones que atiendan a la especificidad de la escala y del objeto. Para abordarla de manera general, recurriremos al tantas veces citado texto de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. (Berman, 2006) que la concibe como una experiencia vital plena de contradicciones, paradojas y ambigüedades cuya unidad, aunque claramente diferenciada del modernismo y la modernización, se encuentra en permanente relación dialéctica con ellos. La irrupción de la modernidad en los países latinoamericanos –caracterizada por su incorporación como productores primarios al mercado capitalista internacional– se produjo en condiciones sumamente distintas respecto de aquéllas de las naciones industriales que estudia Berman. Por esta razón, las formas que asumió la modernidad en América Latina requieren de un análisis específico que no adhiera de manera irreflexiva a los postulados teóricos generados en las sociedades “centrales”. El carácter acelerado que el proceso de modernización tuvo en Bahía Blanca a fines del siglo XIX y principios del XX no puede entenderse sin insertar a la ciudad en el afán de la élite dirigente por adecuar las condiciones locales a los parámetros civilizatorios de la modernidad europea pero tampoco puede abordarse sin considerar el carácter *desigual* que, en palabras de Ramos (2003), define a la realidad americana.

Dicho esto, debemos añadir que el concepto de “periferia de la periferia”, que ha sido utilizado en muchas ocasiones para definir la situación cultural de las ciudades del Interior del país en relación de doble subordinación a los centros de producción europeos y a Buenos Aires, no resulta suficiente para comprender la trama de relaciones que vinculaba a las distintas regiones en una geopolítica cultural. Si bien coincidimos con las objeciones que a este modelo se han realizado en tanto supone una adopción acrítica y pasiva de lo dado, creemos que renunciar al concepto de periferia implicaría también desconocer las desigualdades de poder que efectivamente existían en el momento considerado y que funcionaban también como horizonte de pensamiento para los agentes sociales. Preferimos, entonces, pensar estos territorios como ámbitos periféricos activos a la vez que como centros irradiadores dependiendo de las circunstancias sociohistóricas en las cuales se insertaron. Hablar de *lo periférico* en

² Hemos trabajado sobre esta tensión entre el principio de autonomía de la escritura y sus limitaciones en el espacio local en Agesta (2011a).

lugar de *la periferia* nos permite concebir las posiciones como instancias móviles y no como esencias que definen las prácticas de los espacios regionales o locales.³ Durante el período que nos interesa Bahía Blanca se posicionaba, sin dudas, en un lugar periférico respecto de las grandes ciudades del país como Buenos Aires y Rosario en tanto no contaba con los recursos materiales o humanos que le permitieran colocarse en pie de igualdad con aquellas. Los mismos protagonistas, a pesar de confiar en el desarrollo irrefrenable de la localidad, reconocían la importancia de establecer vínculos con estas urbes a fin de *aggionar* los discursos, los formatos y las prácticas culturales a los cánones civilizatorios. No obstante ello, Bahía Blanca se erigía a sí misma y era percibida como centro regional por las poblaciones de la región del sudoeste bonaerense. En efecto, la representación de la ciudad como capital del sur argentino que se concretó en los diversos proyectos de capitalización fue acompañada también, por otra que la convertía en horizonte de referencia de la zona austral de la propia provincia de Buenos Aires. Aunque no es nuestra intención avanzar aquí sobre esta línea de análisis, valga la mención para sostener la necesidad de revisar las categorías teóricas dadas, no con el fin de rechazarlas, sino para reformularlas en función de los requerimientos de un análisis situado.

Si bien la articulación con la Historia Cultural conlleva una revisión crítica de los conceptos antropológicos, sociológicos y filosóficos a la luz de las especificidades témporo-espaciales de los objetos, no es menos cierto que tales conceptos dotan a la investigación histórica de significados originales a partir del planteo de nuevos interrogantes. El proceso de modernización, la conformación del campo cultural, la producción, la circulación y el consumo intelectuales, adquieren un cariz diferente al ser abordados desde la realidad de una ciudad intermedia como Bahía Blanca. Las revistas funcionan en este marco como artefactos pluridimensionales que, no solo constituyen un objeto en sí mismos, sino que habilitan una aproximación distinta al mundo cultural de la época. Por supuesto, las orientaciones teóricas aquí presentadas no agotan esa pluridimensionalidad, por el contrario, la conjunción de elementos discursivos y visuales que caracterizó a estas publicaciones requiere también del concurso de los Estudios Visuales y de la Historia Social del Arte tanto como de los aportes de la Historia de la lectura y de los soportes escriturarios. Junto a Roger Chartier, creemos en la irreductibilidad y en “la intrincación entre esas dos formas de representación –que siempre se exceden una a otra– que son el texto y la imagen” (Chartier, 2006:76) y, por lo tanto, en la necesidad de contar con herramientas especializadas de investigación que consideren a cada una en sus particularidades.

Aunque por razones de espacio no ahondaremos en estas últimas problemáticas, cabe destacar que lo imperioso de incorporar tales líneas de reflexión alimenta nuestra hipótesis del pillaje crítico como estrategia de construcción de un marco teórico adecuado a las dimensiones objetuales, espaciales e históricas que lo atraviesan. La

³ Para poder reconstituir esta trama en su dinamismo, consideramos necesario articular el trabajo sobre los archivos regionales con algunos conceptos de la Antropología cultural que permiten pensar la cultura en término de circulaciones de personas, ideas y de bienes. (Piselli, 1995) La Antropología ofrece así la oportunidad de conciliar en el análisis las acciones individuales y las estructuras históricas. Por razones de espacio no ahondaremos en esta problemática que ya hemos trabajado en otras oportunidades. Véase Agesta (2011b) y López Pascual (2011).

vigilancia epistemológica y la revisión crítica a las que, sin dudas, debe someterse este préstamo conceptual, no excluye, sin embargo, su posibilidad. Por el contrario, la interdisciplinariedad –presente desde la génesis misma de la Historia Cultural (Amodio, 2010; Darnton, 2011)– supone eludir las mezquindades y los celos académicos para ampliar la mirada y enriquecer la comprensión del pasado. Pensar las revistas en el encuentro entre la cultura escrita y visual, entre las representaciones y las prácticas, permite dar cuenta de su complejidad como objetos y como medios, insertándolas en un proceso de modernización más amplio que abarca y excede el mundo cultural.

Bibliografía

- Agesta, María de las Nieves, (2011a), “De poetas y de locos. Las representaciones de los intelectuales en las revistas bahienses de principios del siglo XX”. Comunicación presentada en las *XIII Jornadas Interescuelas – Historia*, Catamarca, Universidad Nacional de Catamarca, 10 a 13 de agosto de 2011.
- Agesta, María de las Nieves, (2011b), “Los recorridos de la cultura. Operadores, intermediarios y tránsitos culturales en el periodismo bahiense de principios del siglo XX”. (Libro colectivo en elaboración)
- Altamirano, Carlos & Sarlo, Beatriz, (1997), *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.
- Amodio, Emanuele, (2010), “El silencio de los antropólogos. Historia y antropología: una ambigua relación”, en: *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. CLXXXVI, n° 743, pp. 377-392.
- Berman, Marshall, (2006), *Todo lo sólido se desvanece en el aire; la experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI. [1982]
- Bourdieu, Pierre, (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- Burucúa, José Emilio, (2001), *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la modernidad clásica – siglos XV a XVII*, Madrid – Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Chartier, Roger, (1992), *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Chartier, Roger, (2006), *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial.
- Darnton, Robert, (2010), *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- López Pascual, Juliana, (2011), “El Colegio Libre de Estudios Superiores de Bahía Blanca a través de la figura de Pablo Lejarraga (1941- 1952)”. Comunicación presentada en las *VI Jornadas de Historia Política*, Buenos Aires, Programa Buenos Aires de Historia Política del siglo XX, 7 y 8 de julio de 2011.
- Piselli, Fortunata (dir.), (1995), *Reti. L'analisi di network nelle scienze sociali*, Roma, Donizelli editore.
- Prost, Antoine, (1999), “Social y cultural, indisociablemente”, en: Rioux, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli (dir.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, pp. 139-155.
- Ramos, Julio A., (2003), *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rioux, Jean-Pierre, (1999), “Un terreno y una mirada”, en: Rioux, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli (dir.), *op. cit.*, pp.11-23.
- Roche, Daniel, (1999), “Una declinación de las Luces”, en: Rioux, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli (dir.), *op. cit.*, pp. 27-56.
- Ruiz Guadalajara, Juan Carlos, (2003), “Representaciones colectivas, mentalidades e historia cultural: a propósito de Chartier y *El mundo como representación*”, en: *Relaciones*, vol. XXIV, n° 93, pp. 18-48.
- Sirinelli, Jean-François (dir.), (1999), *Histoire des droites en France*, París, Gallimard, vol. 2, Cultures, p. III.
- Williams, Raymond, (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península. [1977]